

La soledad

Y la pérdida de la inocencia.

Por Eduardo Armstrong

La soledad aparece como uno de los grandes tormentos que enfrenta la sociedad actual, mientras es atribuída a diversas causas por quienes no encuentran soluciones a los problemas de salud mental que crecen como epidemias.

Por soledad comprendemos al sentimiento de ausencia de compañía, al percibir un estado de aislamiento respecto de las demás personas. Cuando es ella la consecuencia de la voluntad, puede traer grandes beneficios, facilitando el pensar, reflexionar, o los estados meditativos que ayudan al engrandecimiento personal, pero cuando es involuntaria, también puede ser el síntoma de estar padeciendo una situación que ha afectado nuestra salud mental y física. Para la soledad voluntaria la sensación es de alivio, mientras que para quienes la padecen como un sufrimiento, es vista como una tragedia que puede conducir a estados depresivos con una carga de angustias y visiones pesimistas acerca de la vida que nos rodea y afecta.

Sentirse aislado es reflejo de las relaciones sociales que llevamos, implica una visión de distanciamiento o de ausencia en unos casos, como de la indiferencia social en otros. Ninguna de las situaciones anteriores significa un aporte a la calidad de vida, ya que denotan el estado de incapacidad individual para alcanzar la calidad afectiva y social que se confiaba llegar a disponer. Desde este punto de vista, la soledad puede implicar emociones perturbadoras ante la sensación de fracaso que producen los pensamientos que intentan encontrar una explicación para la realidad sufrida. Pero ella parece mantenerse inexplicable para los pensamientos, posiblemente

porque ante un estado depresivo, la mente tiende a omitir causalidades que impliquen un compromiso conductual, justificándonos ante los acontecimientos como al resultado de estar sufriendo la inesperada exposición al actual desinterés social o familiar, depositando toda la responsabilidad en otros.

La soledad puede llegar a percibirse como la sensación del aislamiento casi absoluto, mientras estamos rodeados de personas como de medios de comunicación que no nos dicen nada. Nos hace sentir como pobres en medio de la abundancia, y esto realmente es desesperante: el teléfono está encendido, pero no hay nada para mí; estoy rodeado de amistades, pero nadie pregunta como estoy; trabajo rodeado de personas amables, pero nadie parece verme; todos hablan, todos cuentan sus asuntos, todos parecen estar mejor que yo, y a su lado siento que la soledad es mi compañía, etc.

La soledad es una compañera silenciosa, pero que cuando nos grita desde nuestro interior es una advertencia de que algo no está bien y a lo cual debiéramos ponerle más atención.

Según las líneas anteriores, la soledad actual más parece un asunto social que individual, ya que implica el sentimiento de sufrir un aislamiento, como el estar excluidos del acontecer. Es sentirse invisible o despreciado mientras permanecemos físicamente entre los que forman nuestro núcleo de relaciones sociales. En consecuencia, un problema de la soledad actual en su forma más dañina, es que refleja el sentimiento de padecer la indiferencia social, por lo que aquí nos concentraremos a esta forma de soledad.

En algo que parecemos estar todos de acuerdo, es que la soledad social trae consigo un sentimiento de pérdida, de ausencia de algo que necesitamos y que ya no está, o que quizás jamás tuvimos pero aun resentimos lo que siempre debió estar presente. Esto se relaciona con los afectos, ya que sufrir la indiferencia como el desprecio conducen al sentimiento de sentirse poco valorado, deteriorando la autoestima e iniciando una progresión de inseguridades que no se hacen esperar, con lo que dejamos de ser quien podríamos ser, para transformarnos en personas que se sienten poco atractivas y que son una carga hasta para sí mismas. La soledad es también el sentimiento de carencia de reconciliación, sea con otros o con la propia persona.

En estos días, y quizás antes también, sentimos una verdadera obsesión por querernos, por atender nuestro aspecto, nuestra salud, nuestros gustos, apariencias y preferencias, como si atender al yo fuera la muestra visible de nuestra capacidad de dar afecto: si me quiero, demuestro que puedo querer. Demostrando que el ser humano ante sí mismo, en materias afectivas, puede llegar a mostrar una inseguridad que raya en lo patético, y a nadie parece importarle, porque siendo una realidad presente en todas partes, no lo notamos y nos parece natural. Por lo cual, al final, la necesidad de compañía, de sentirnos queridos y apreciados, hace complejo determinar las reales causas de muchos sentimientos de afecto. Las relaciones humanas se parecen a las de los países, con demasiadas marcas dolorosas y fronteras que dividen lo indivisible, las que nunca debieron existir y haciendo realmente complejo lo que era simple. Nunca se trató de subordinar los afectos, lo cual podría ser malsano, lo central es reconocer su gran importancia y que son diferentes del Amor. En ocasiones podremos verlos caminando tomados de la mano, como también opuestos o enfrentados, ya que los afectos nos hablan de las expresiones de nuestras necesidades, mientras que el Amor nos habla de las necesidades ajenas.

Si la anterior es una parte de la realidad social actual, parece comprensible ver a tantas personas presentes en manifestaciones o protestas públicas donde únicamente exigen sus derechos, por medio de expresiones de violencia y desprecio hacia todos los demás. Reflejando un grado de descontento como si hubieran sido personas excluidas de lo que ahora creen merecer como su reivindicación, a cualquier costo ajeno. Pero los comportamientos que se sostienen desparramando odios a diestra y siniestra, sin responsabilidad alguna, difícilmente obtendrán lo que dicen buscar. No se dan cuenta de que sin ocuparse de construir, nada quedará más allá de pedazos de soluciones parciales entre las ruinas del tiempo perdido. Un grupo de personas solitarias no es compañía, pueden parecerlo aparentando, hasta que finaliza su objetivo y regresan a sus vidas individuales.

Pero podemos observar un aspecto de la soledad social que parece tener su origen en una constante del comportamiento individual tolerado socialmente, el que poco notamos porque preferimos vivir despreocupados, como si nada importante pudiera llegar a ser consecuencia de lo que hacemos, me refiero a la ausencia de esa sencilla palabra llamada, construir. Las personas como también la sociedad, no nacen, se hacen; eso significa que se requiere de esfuerzo y tiempo para construirlas. Según lo anterior, nuestros actos o el

comportamiento social puede apuntar a diversas direcciones, que pueden ser resumidas en destruir, evadir o construir.

¿Será posible que construyendo a mi persona construya sociedad? Ello implicaría que descuidando a mi persona estaría descuidando a mi entorno social, y como todo, se obtendrán consecuencias. Vivimos tiempos en que se habla mucho de amor, al cual lo relacionan con cualquier cosa, hasta con su opuesto, diciendo defenderlo o vivirlo cuando los actos que observamos lo contradicen. Pero realmente pocos parecen interesarse por el verdadero Amor, es como si todos deseáramos obtener sus frutos pero no sus costos.

Si ni siquiera parecen muchos interesados en comprender al Amor, menos aún se lo considera como una opción para dirigir el comportamiento personal, con lo que, al final, terminamos pareciéndonos a ovejas que siguen a ovejas, creyendo que el pasto de la vecina es mejor que el propio. Pero las ovejas no tienen alma ni conciencia como nosotros, por lo cual el comportamiento individualista o egocéntrico es natural y sin consecuencias para ellas. Muy diferente es lo que ocurre con el ser humano, ya que esta forma de actuar nos conduce al egoísmo y a la envidia como motores del comportamiento. Nos quejamos de vivir la soledad, pero no sabemos convivir. Vivimos sin darnos cuenta del individualismo y el egocentrismo que nos rige desde nuestro interior. Nos quejamos de la indiferencia ajena sufrida, mientras vivimos para metas egoístas y en las que la envidia es el motor de gran parte de nuestros deseos, los que mas semejan a intentos por comprar o negociar nuestro bienestar.

Parecemos haber perdido el sentido de lo que simplemente es vivir, actuando como si ya ni siquiera supiéramos para qué vivimos o por qué nos esforzamos tanto. Ante esta realidad los resultados no debieran extrañarnos, el vacío interior obtenido nos aplasta y lo percibimos como un gran sentimiento de soledad. Resultados esperables que son el reflejo de la distancia que hemos establecido con las personas que nos rodean, pero esta es una distancia interior y no física, a la cual erradamente interpretamos como causada por la voluntad de quienes nos rodean, como un mecanismo que nos ayuda a eludir toda responsabilidad sobre las ingratas respuestas recibidas.

La soledad actual refleja el enorme vacío interior de una sociedad en la cual sus habitantes se han desecho de sus mayores tradiciones, valores, cultura y principios. Queremos vernos como una sociedad liberada, tolerante de todo, sin discriminaciones malsanas y tampoco sanas, sin ataduras a su

pasado, sin darnos cuenta de que esto significa, sin raíces. Hemos reemplazado a las estructuras sociales por lo que nos ofrece el cambiante mercado de ofertas por medio del poder de la publicidad, el placer y el dinero son vistos como resultados del éxito, por lo que sin dichos atractivos parece no haber vida posible. Aunque sabemos que esto no es verdad, ya que la soledad con dinero también es causa de enormes trastornos de la personalidad.

Vidas vacías hacen personas vacías, pero cuando estas conductas y comportamientos pasan a regir la vida, hay pérdidas crecientes que incluyen la ausencia de libertad que trae la pérdida de la inocencia. Nadie habla ya de la inocencia, como si nadie lo hubiera sido alguna vez, como si fuera posible poder olvidarnos de nuestra propia infancia y sus significados, ya que sobre ella se construyeron las bases de lo que somos. Vivimos como si la infancia incomodara, no queremos vernos reflejados en ella por sus demandas, y cada vez mas tratamos a los menores exponiéndolos como si fueran adultos a libertades y ausencias de límites como si no importara o no hubieran consecuencias, como si sus capacidades de comprensión y discernimiento estuvieran desarrolladas.

Hablamos de una realidad actual que impide un desarrollo afectivo acorde a las edades, al exponer a problemas de adultos, a realidades de adultos, a exigencias de adultos, a quienes no disponen de los recursos ni la autonomía, ni la capacidad de comprender plenamente su realidad. Estamos creando una juventud que entra a la adolescencia con mayor soledad a la natural, que se siente enfrentando un mundo percibido como distante, poco empático, lleno de exigencias poco claras acerca de sus beneficios y por otro lado, abundante en ofertas de placeres y entretenimientos alcanzables con dinero. Pedimos resultados a la juventud, pero poco les hablamos de las virtudes de las responsabilidades o de los compromisos para construir mejores vidas. Menos aún les hablamos de la necesidad de servir, mientras todo lo enfocamos a lo que esperamos de ellos, olvidando con frecuencia el para qué o el por qué es conveniente que realicen bien los esfuerzos pedidos. Ya no saben lo que está bien, lo interpretan como acceder a lo que se les pide, cuando se trata de simplemente hacer todo lo mejor posible, para ellos. Olvidamos aclarar que estamos rodeados de personas maravillosas y de actos de heroísmo silencioso para colaborar con el entorno familiar ante condiciones realmente difíciles para demasiadas personas que son ejemplos cercanos y silenciosos; pero también convivimos con la miseria de medios muchas veces es malsanos porque pueden alterar los parámetros de lo que es natural o auténtico, creando visiones retorcidas de la realidad para buscar

la atención y el tiempo de los jóvenes, induciendo un mayor grado de aislamiento respecto de sus entornos.

Cuando la inocencia parece estar quedando atrás, un olvido que nadie desea recordar es como el tiempo de los niños se acorta cada vez más, ante un mundo que ya no los quiere ver como niños. Ahora se les pide adaptarse, a ver, escuchar y vivir lo que no es para niños, y tampoco de adultos. Pero se les hace creer que son los temas de adultos, lo que se espera para ellos. Sin embargo, la inocencia perdida en la infancia no podrán recuperarla en esta vida porque ella representa la condena de lo que no pudo ser. Solo cuando el tiempo transcurrido comienza a ser un peso y la vida nos parece lenta mientras los días parecen transcurrir más rápido, es cuando comenzamos a revivir, al recordar las cargas de lo que quisiéramos no hubiese sido.

No será sencillo, porque la compasión con los demás nos cuesta tanto, que con uno mismo parece aún más difícil de lograr conciliarnos. Cuesta aceptar que tantas veces fuimos los victimarios de nuestra realidad, pero al final llegaremos a comprender que antes, también fuimos las víctimas de nuestra realidad. Un proceso en el que llegaremos a perdonarnos y será como siempre lo ha sido para la mayoría, el inicio de llegar a aceptarnos.

¿Cómo regresar a la inocencia perdida? ¿Quiénes tienen o viven hoy en un hogar que los protege de quienes creen conocer? Pocos parecen darse cuenta de que no existen los más mínimos controles sobre lo que puede afectar la salud mental infantil, o muy poco interés por efectuarlos y menos aún, sobre los rentables medios audiovisuales que han invadido la vida humana. Parece que pocos creen en el daño causado sobre tantas vidas dedicadas a pasar el tiempo, a entretenerse, a jugar, a disfrutar, a probarse, pero en las cuales todo transcurre en actividades personales destinadas a ser ejecutadas en soledad y sin restricciones, buscando encontrarse. Las evaluaciones del estado de salud mental son tan precarias como las del estado espiritual, y pocos parecen preocuparse por lo que está ocurriendo. Nuestra convivencia transcurre como si no quisiéramos recordar lo que somos: nadie es un rostro o un cuerpo o una mente, somos mucho más de lo que vemos con los ojos o lo que escuchamos. Vivimos como si los efectos de lo que acontece en nuestro entorno no nos afectara, menos directamente, o como si no fuera relevante ayudarnos, especialmente al construirnos o destruirnos de acuerdo al sentido que le proporcionamos a nuestras respuestas. Pero, ¿quién se preocupa hoy por el sentido de lo que hacemos? Parece que todos buscáramos resultados observables y rápidos, creyendo que lo demás o no existe o carece de importancia. Ni siquiera los delitos son

cuestionados como antes, y las conductas reprochables son evaluadas en acuerdo a la oportunidad o conveniencia, haciendo de todo comportamiento algo relativo, cuyo valor pareciera depender del punto de vista con que lo miremos.

La realidad actual conduce a una ausencia de fe completa, sobre todo y todos, ante una falta de sentido que conduce inevitablemente al desprecio, a la desconfianza y desazón, lo que puede terminar en la mas completa indiferencia por lo que nos rodea, incluyendo a la propia persona. El aprecio por sí mismo hoy se manifiesta expresando gustos o comprando y obteniendo, pero no se considera al propio comportamiento como un reflejo de lo que somos y de cuanto nos apreciamos. No hablamos de un asunto juvenil, lo que ocurre es cultural, prueba de ello es que hasta los políticos y los medios de comunicación están involucrados en la pérdida de tantos valores y principios sociales, que deben destinar parte de sus recursos a publicitarse para obtener un poco mas de una audiencia cada vez mas lejana; es patético, se venden ellos y no sus ideas. Lo mismo le ocurre a las universidades, empresas, gobiernos y a toda forma de organización humana, hoy la norma parece ser que sin publicidad no habrá interés.

Pero la indiferencia ante el significado o el sentido de lo que hacemos, como todo lo demás en esta vida, mantiene límites naturales los cuales demuestran que se ella termina donde se inicia un beneficio. Es una mecánica básica del pensamiento sustentada en el interés personal y el egoísmo mas brutal. Es una desinteligencia para seres superiores, los que supuestamente han dejado de comportarse como animales sin alma, ya que vivimos en comunidades donde no es posible la convivencia civilizada entre quienes se ven mutuamente con indiferencia.

La pérdida de valores y principios, ante la escalada del autodesprestigio sostenido realizado por una sociedad extremadamente individualista que promueve el ganar a cualquier costo ajeno, nos está transformando. Hoy no somos lo que decimos ser, tampoco ya nos mostramos por lo que somos y vivimos de aparentar lo que creemos puede llegar a ser conveniente, en lo que deseamos creer, por lo cual, la objetividad y la realidad ya no interesan, en la medida de que no se vea el beneficio inmediato por el esfuerzo que implicaría.

Sin embargo, la indiferencia por la vida no es gratuita, ya que el indiferente lo tolera todo, incluyendo lo que daña o rechaza a cualquier forma de responsabilidad o de compromiso; y al no haber sentido de pertenencia, se

vive como desarraigados, ajenos a lo que no interesa, sin darnos cuenta de que nadie puede interesarse por lo que no comprende. Estamos creando vidas que transcurren en la soledad de un círculo vicioso, gracias al cual nada parece ya satisfacerlas, y llegando a sentirse víctimas de una vida que no desean vivir. La inocencia ya no es tema, ante esta dramática realidad a nadie le interesa y, posiblemente, muy pocos sepan aun su significado o recuerden el aporte que entrega a la vida de cada persona.

Unos creerán que se trata de un asunto infantil, mientras que para otros es algo de gente buena o mas tranquila, las cuales se estarían perdiendo de aprovechar las oportunidades que les ofrece su vida. ¿Nadie repara en que estas posturas son falsas? Ya que, la inocencia no tiene relación con lo anterior, porque, de haberla tenido, quienes viven de tolerar y aceptar todo lo que pueden alcanzar, debieran ser los mas felices y les ocurre lo opuesto.

El valor de la inocencia se relaciona con el de la pureza y no con el hecho de actuar o hacer el bien o su opuesto, dañar. La pureza se refiere a un estado espiritual que afecta directamente el estado de conciencia del alma y, en consecuencia, se refiere a evitar que llegemos a obstaculizar artificialmente las facultades naturales de la propia inteligencia. La pureza es una forma de comportamiento voluntario que busca proteger la libertad interior por medio de evitar lo que podría dañar la inteligencia. Nos cuesta comprender al sentido de la inocencia, tanto, como al de la pureza, por lo cual veamos su opuesto para lograr mayor claridad atendiendo a lo vulgar, expresión que denotaba incultura y en los tiempos actuales, como demostración de otra cultura, en la cual todo es tolerado y aceptado, al menos de palabra. Sin embargo, el problema de convivir con la vulgaridad es que llegamos a perder el aprecio por la propia persona, y se termina desvalorizando todo y a todos, hasta que cuando ningún esfuerzo lo vale caemos en un estado depresivo cuyo norte es la desilusión y la frustración. Nos sentimos traicionados por la vida, sin darnos cuenta de que todo se inició cuando nosotros traicionamos a la vida, ante la propia persona y los demás. El acto vulgar es de público desprecio por la propia persona, sus consecuencias para la convivencia son inmediatas y adversas, al aparentar lo que no se es por medio de escandalizar agrediendo a las costumbres y tradiciones culturales. La conducta vulgar busca atentar directamente contra la convivencia, afecta la paz y constituye una agresión violenta oculta detrás de supuestos derechos y libertades individuales. La vulgaridad es el reflejo de la pobreza del alma, como la inocencia lo es de su riqueza; y la mayor pobreza es la ausencia de Amor reflejada en el comportamiento humano. Aceptar la vulgaridad es un acto desesperado para quien se ve perdido y desvalorizado, ante una vida que ya

no comprende, mientras siente que nadie le comprende; es el síntoma mas visible de quienes optan por dar la espalda a su Amor, para poder vivir con la libertad de su ausencia, pero creando cadenas ante su nueva indiferencia por las dependencias y adicciones que no tardan en cubrir el vacío causado.

La inteligencia es un instrumento destinado a facilitar la comprensión de la realidad, según lo cual, desviarla es limitarla, aceptando anteponer influencias que desvían los pensamientos de lo que su propia naturaleza, en conciencia, interpreta como lo esencial para la propia persona. En este caso, hablamos de influencias externas, consideradas artificiales desde el momento que buescan intervenir al pensamiento, las emociones y sentimientos, por medios racionales que validamos en base a prejuicios y sin considerar debidamente sus consecuencias para la propia vida. Por ejemplo, si la vida del ser humano está destinada a comprender y compartir el Amor, al optar por una postura de vida que sea ajena o indiferente al Amor, reorientamos la inteligencia al reenfocar la voluntad. El resultado inevitable será una vida donde el Amor estará ausente, la cual se verá resentida por el vacío interpretado por los pensamientos como soledad, ausencia de paz, de felicidad, de inocencia, de pureza, de alegría, de verdadera compañía, etc. Una inteligencia limitada es aquella cuyos dictados se pueden ver afectados por traumas, adicciones o prejuicios, y en general, por cualquier condición que la influya alterando la lógica del pensamiento natural.

Necesitamos considerar que los cambios culturales o sus influencias pueden también implicar la alteración de lo inteligible, me refiero a como interpretamos lo que nos rodea, la forma de vida, sus razones de ser, lo que nos motiva, y lo que consideramos valioso. La inteligencia como herramienta puede ser la misma como medio, pero cuando alteramos su foco u orientación, sus dictados ocurrirán con pensamientos diferentes, con lo cual, creyendo actuar en acuerdo a conciencia podremos estar actuando en base a su desviación y, en el extremo, a una inconciencia. Esto no se trata de lo que nos pueda parecer, si no de lo que objetivamente es una contradicción vital, significa hacer lo que creemos conveniente, pero sin reconocer sus adversas consecuencias. No me he referido a nada extraño en lo planteado y solo obedece a procesos naturales, en acuerdo a la mecánica de los pensamientos.

¿Cómo es posible que actuemos contra nuestro beneficio creyendo lo contrario? Son abundantes las explicaciones, pero una interesante es que nos atrae lo desconocido y la curiosidad inicial puede llevarnos a consecuencias que, cuando son lamentables, luego, mentalmente las vamos

transformando en justificaciones que terminan como prejuicios que irán sustituyendo a nuestros valores y principios naturales. La mecánica de los pensamientos sigue siendo la misma, pero su dirección la habremos cambiado, y lo más grave de todo esto, es que cuando actuamos en base a prejuicios, las probables consecuencias ya no parecen influirnos o interesarnos. Además, de llegar a ocurrir consecuencias que nos afecten negativamente, las veremos como si fueran ajenas a nuestra participación irresponsable, buscando justificarnos para mostrarnos como la víctima que jamás fuimos, ya que viviremos lo que causó nuestra libre preferencia y comportamiento.

La pérdida de la inocencia trae consecuencias y secuelas que no siempre son recuperables o reparables. La pérdida de la inocencia es, en esencia, la pérdida del Amor, cuando voluntariamente lo descalificamos y excluimos de nuestras decisiones y actividades, actuando como si sobrara o fuera una molestia innecesaria. Sin embargo, una vida sin Amor es una vida en la soledad de quien se ha aislado, es vivir juntos pero desunidos, es permanecer cercano pero distante, como parte de una familia o sociedad en la cual todos viven en una comunidad, pero separados porque cada uno vela por lo suyo.

Vivir la soledad rodeado de personas es un drama tan enorme como injustificado, es innecesario, frustrante, y causa desilusiones hasta el extremo en que puede llegar a enajenar la personalidad. Vivir es participar, integrarnos y compartirnos, es hacer propias las vivencias ajenas, es sentirnos parte de algo que consideremos superior a nuestros intereses particulares, por lo cual, no comprenderlo así, puede causarnos perder parte importante de una vida que no se repetirá.

Un ser que no comprende que la belleza de la vida no se limita a lo que podemos ver, y que ella incluye a lo que habitualmente no vemos, se está limitando, ya que difícilmente aceptará que se está restringiendo a lo conocido ante la infinita riqueza de lo desconocido. En otro aspecto, tampoco la vida se limita a lo que parece fácil de obtener, ya que se extiende además a lo difícil y hasta a lo que creímos arriesgado o imposible. Atender a lo fácil puede ser obtener menos desatendiendo a lo más, o reducirnos a lo innecesario e inconveniente. Así como no vivir adecuadamente puede limitarnos innecesariamente, especialmente si perdemos el sentido natural, para ya no poder encontrarnos con lo que es nuestra identidad y destino, los que se pueden buscar en el interior de cada persona.

La enfermedad de la soledad actual también es provocada por la tolerancia indiscriminada ante nuestros volubles deseos y preferencias, lo que está causando consecuencias inversas a lo esperado: a mayor libertad obtenida mayores dependencias. Cuando la inocencia de una sociedad se está perdiendo, estamos ante una comunidad que siente ya no tener presente ni futuro, es una comunidad que se reconoce perdida o poco valorada, viviendo como caminantes a quienes les cuesta reconocer que cegados enfrentan la bruma del polvo que ellos mismos levantan.

La pérdida de la inocencia tiene sus costos, conlleva una pérdida de las libertades y un crecimiento de las dependencias y adicciones; aumenta las necesidades y reduce los recursos o medios para obtenerlas; provoca un crecimiento en la sensación de impotencia ante los acontecimientos que sin control nos afectan; induce ausencia del sentimiento de culpa y de responsabilidad ante lo que parecerá fortuito o por causas ajenas; crea un aumento exponencial del individualismo y de sentir que nuestra participación poco importa para influir quienes nos rodean; la reducción de los valores, principios, costumbres y tradiciones ahora demandan ser sustituidas por los nuevos valores que ofrecen lo que no poseemos, etc. Es el camino de las desilusiones y frustraciones reiteradas, las cuales nadie podrá resistir por mucho tiempo, porque duran hasta que las reacciones ajenas o las propias conduzcan a su inevitable consecuencia llamada soledad, en cualquiera de sus múltiples rostros.

Es posible resumir la vida en dos opciones para nuestro comportamiento, observando donde o cuando actuamos en ausencia o con Amor. La ausencia nos lleva al sentimiento de vacío que causa la pérdida del Amor que poseemos, cuyo destino inevitable es la soledad. Son asuntos de la mecánica de los procesos naturales inherentes a todo ser humano y no hablamos de un desarrollo intelectual o de ideas teóricas.

No se trata tampoco de buscar culpables, simplemente de llegar a comprender que reconocer el valor de la propia vida si importa, y que todo la puede afectar. Cada decisión es personal, ya que las repuestas debemos buscarlas y encontrarlas individualmente, nadie puede hacerlo por otra persona, pero ellas siempre han estado a nuestro lado.

Es cierto que la soledad tiene diversos rostros, pero cuando es causada por el vacío de nuestra alma, sus consecuencias son visibles aún cuando se crea aparentar lo contrario. La pérdida de la inocencia nos distancia de nuestro ser espiritual, pudiendo llegar a establecer un abismo entre la conciencia y la

mente, todo lo cual es percibido por la razón aun cuando no pueda explicarlo. Solo acusa este estado ese ingrato sentimiento de vacío interior. La inocencia trata de nuestra intimidad, de lo que atañe a las bases mas profundas de nuestra identidad, de lo que somos y de lo que pensamos que podemos llegar a ser y a hacer. Ella se pierde cuando libre y voluntariamente actuamos en contra de la propia conciencia, induciendo un proceso mediante el cual los deterioros que notamos son graduales, por lo que significan haber rechazado a diversas instancias u oportunidades de recapacitar.

Los efectos de la inocencia que poseemos se pueden ver con los ojos, pero la visión mas certera es la percepción interior que mantiene la persona sobre si misma. La inocencia se afecta por nuestra forma de valorarnos y de relacionarnos, pero el desprecio se determina por las condiciones interiores, lo que la hace un reflejo de la intimidad, de lo que se conserva para si y se desea proteger. Ella parece contener lo mas auténtico y propio, lo que no se puede aparentar, exhibir ni exponer, y lo que tan solo podremos tocar por medio de los efectos de nuestras acciones, en la medida que consideramos a nuestro Amor en ellas.

Una sociedad que está perdiendo su alma, es aquella que está olvidando su pasado, tradiciones y su cultura, y ante el vacío de los sentidos mas naturales, promueve las apariencias de felicidad como su nuevo norte. Una sociedad sin alma es aquella que no tiene dios mas que sí misma, transmitiendo esta doctrina a su población, la que ahora endiosada deseará todo para sí, solo exigiendo, pidiendo derechos y sin aceptar responsabilizarse por nada. Una sociedad sin deberes ni compromisos, exige rodearse de leyes y cambiantes normas para aparentar el orden social que no posee, ya que todos viven del presente: sin pasado, el futuro no parece tener importancia. Todos hablan y nadie escucha, son un rebaño sin pastor, viven de la ilusión de estar en la mejor pradera y disponer del mejor prado posible, pero nadie ve mas allá de su metro cuadrado, a nadie le interesa ver mas allá de su metro cuadrado. Son un rebaño en el cual todos sus miembros se sienten solos, porque viven para si mismos y, son sus cambiantes deseos su único pastor, los demás son competencia y por lo tanto, indeseados. Es curioso, al parecer el individualismo puede conducirnos inevitablemente a perder la identidad, y lo sentimos como una soledad que nos distancia hasta vernos como una isla entre lo demás.

Podemos vivir siguiendo a nuestras cambiantes percepciones o buscar una guía que nos ayude ante lo que no podemos ver con facilidad. Pero algo es

seguro, seguirse a si mismo termina generalmente en un gran deterioro y por diversas causas, por lo tanto, lo mas seguro parece ser que necesitamos dedicarle un poco de tiempo a buscar lo que realmente mas apreciamos y apreciaremos a futuro, si queremos llegar a tener una buena guía ante los naturales momentos ocasionales de adversidad, dudas o incertidumbre.

La soledad siempre será nuestra compañera de vida, es sano tenerlo en cuenta, ya que forma parte de las condiciones naturales de las relaciones sociales, pero necesitamos que esté limitada a su función de advertirnos consecuencias, y no permitir que se transforme en un estado permanente que nos pueda llevar a una limitante depresión.

Es importante cuidar lo que tenemos, a mi persona, la familia, las amistades, las relaciones, como todo lo que nos rodea, y esto implica ocuparse también por los demás. Es importante no causar un daño que pudo ser evitable, midiendo las palabras y los gestos, restringiéndolos todo lo posible a lo que ayude a otros, y lo demás, callarlo. Es importante aprender a utilizar los sentidos que tenemos, a ver mejor, a escuchar mas, y a sentir lo que está ocurriendo a quien tenemos mas cerca. Es vital tratar de ser mas humanos y menos consumidores, de dar mas y esperar menos de los otros, de estar mejor dispuestos hacia los demás, interesados y pendientes de como podríamos serles de mayor agrado. En la vida necesitamos demostrar que estamos vivos, ya que no hacerlo es estar como ausentes para los demás, y aprender que en todo lo que hacemos y no hacemos, habrán consecuencias. Somos iguales a los demás en demasiados aspectos que a veces no recordamos, por lo que enfrentar la soledad podría ser tan simple como actuar de la misma forma que quisiéramos lo hagan con uno.

La soledad invita a preguntarnos que es mas valioso, ¿el tiempo o la vida? No hay vida sin tiempo y la vida ya la posees, el tiempo es hoy lo mas valioso. Luego nace otra pregunta, ¿para qué necesitamos tiempo? Para llegar a comprender el valor de participar de la vida, al compartir el Amor que posees dentro de ti: la llave del Amor, está dentro de ti.